

FERNANDO BENITEZ

VOZ VIVA DE MEXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

MUSICA DE
JOAQUIN GUTIERREZ HERAS

PRESENTACIÓN

LA OBRA de Fernando Benítez —once libros hasta el momento de grabar el presente disco y, con excepción de *Cristóbal Colón*, obra de éxito entre público y crítica—, ha sido calificada, en términos generales, como la de un moralista. Esta afirmación, a pesar de haberse convertido en inevitable clisé cuando se trata de saludar cada uno de sus títulos, resume la tónica, el denominador común, la inquietud vital que anima y sostiene la totalidad de la producción de Benítez. Lo mismo en el relato novelesco que en la evocación histórica, el reportaje, la crónica, la figuración teatral o la dirección de un suplemento de cultura, la actitud de Benítez es la de un hombre que quiere ser testigo del tiempo que le ha tocado vivir y que, por tanto, se halla en la obligación de enjuiciar el sentido mismo de la vida y los fundamentos de su realidad concreta y particular. Actitud “problemática”, sin duda, preocupación primera —lúcida o desesperada— de la literatura de nuestro siglo.

Como la mayor parte de los nombres de las letras del siglo XX, Fernando Benítez marcha por todos los caminos (auténtica aventura) en búsqueda de la respuesta a un problema capital: el sentido y la razón de la existencia. Más que crear un arte de diversión, más que representar una sociedad y los personajes que la habitan, más que despertar la curiosidad del lector —o de instruirlo— con el pretexto de un caso excepcional, lo que importa es dar conciencia al hombre de su oposición al universo que lo encierra, un universo continuamente objeto de interrogantes, en tela de juicio. Esa literatura de testimonio lo es también de compromiso (la palabra está ya desprestigiada, pero ha hecho fortuna y circula), de una moral basada específicamente en la denuncia y en la rebeldía. Actitud y compromiso corren el peligro de convertirse en literatura de “tesis”, en la reconstrucción de un “problema” social más o menos escandaloso, en un llamado a los buenos sentimientos. Los folletones y los dramas de costumbres han cedido su lugar a una cierta manera de entender el cine y a otra cierta manera de hacer el periodismo. Ese deseo de despertar al público, de obligarlo a opinar sobre algunos aspectos desagradables o dignos de reforma permanece, a pesar de las saludables intenciones de sus cruzados, en un plano de estrecha actualidad más o menos relacionado con asuntos legales y que no llega a alcanzar el sentido del *destino*, la verdad esencial de la condición humana.

por Juan Vicente Melo

Al aceptar su responsabilidad de escritor, al elegir el periodismo como arma de conocimiento, de combate y de denuncia Fernando Benítez ha llevado este género al plano de la buena literatura y se ha convertido en figura ejemplar en un medio en el que, como el nuestro, predominan el sensacionalismo, el comercio y el desprestigio por encargo. Como periodista, Benítez no solamente nos ha dado sus mejores páginas —sus novelas son, ¿por qué no?, trabajo de un periodista—, sino que ha dignificado el periodismo mexicano y, al mismo tiempo, ha encontrado el medio propicio para comunicarnos actos y sucesos de los que ha sido testigo. Evitando “lo” extraordinario, Benítez ha revisado, exaltadamente, eficazmente, en prosa fácil, fluida, amable y sin embargo rigurosa y precisa, siempre objetiva aunque el lirismo se desborde, los valores humanos al través de uno de los grandes movimientos políticosociales del continente americano (*La batalla de Cuba*), de su convivencia con un sector de la población más olvidada de México (*Ki, el drama de un pueblo y una planta, Viaje a la Tarahumara*), de simples anotaciones de un diario de viaje (*China a la vista*). Relatándonos sus recuerdos de comarcas tan disímiles o distantes como Yucatán y la Sierra Tarahumara, rehaciendo los pasos de la conquista (*La ruta de Hernán Cortés*), o el mundo de los primeros mexicanos (*La vida criolla en el siglo XVI*), recorriendo los caminos de la libertad (*La ruta de la libertad*), en la epopeya teatral (*Cristóbal Colón*), novelizando una tragedia mexicana (*El rey viejo*) o un hecho de nuestra vida cotidiana (*El agua envenenada*), Benítez nos revela, sin necesidad de recurrir a lo pintoresco, a base de notas, apuntes e impresiones, de la reconstrucción de un pasado acorde con testimonios históricos o con una nueva mirada, de la amalgama del relato novelesco con el tratamiento periodístico, su manera de ver el mundo y su tiempo, su realidad elemental y por consiguiente nos obliga a sentir dolores que nos eran extraños o entusiasmos que no teníamos, aún, ocasión de compartir; y escuchamos su denuncia, su rabia, y conocemos la mentira en que participamos todos. La revelación de ese mundo problemático no queda en el hecho mismo de su conocimiento; la acusación lleva una respuesta: el descubrimiento de la solidaridad humana. El héroe de nuestro tiempo es aquel que

consigue rebelarse en contra de la injusticia del universo en el que, siervo y dueño, vive. Su rebeldía —su revolución— sólo es posible con el concurso de todos los hombres.

Si esa actitud moral es el rasgo que la crítica considera digno de aplauso en la obra de Fernando Benítez constituye, a la vez, el reproche mayor; llevada al extremo, vuelta afán de convencimiento, perturba y desmerece el trabajo puramente literario, simplifica la mirada, reduce el problema. Sea válida o no esta censura, lo cierto es que, leyendo la obra de Benítez, transitando sus caminos, no nos hallamos con un profesor de moral sino con un artista honrado, con un escritor que nos comunica su manera de ver el mundo y de enjuiciarlo, con responsabilidad y sinceridad, arriesgando la tranquilidad de la medida.

•

Caballo y Dios (siete relatos sobre la muerte, editorial Leyenda, 1945) y la fundación, con Luis Cardoza y Aragón, del suplemento cultural de *El Nacional* —por ese tiempo dirigido por Héctor Pérez Martínez— marcan la ruta que habrá de seguir Fernando Benítez. Todo un pasado inmediato pesa sobre él: la vocación del periodista en lucha con las condiciones malsanas en que se mueve la áspera realidad del periodismo mexicano, las herencias, las lecturas, el trato con los que pueden ser los maestros, el anhelo de incursionar por el teatro y la novela —géneros que, en México, son considerados de mayor dignidad que el periodismo—, la urgencia de expresar a toda una nueva generación de críticos y escritores. De esas dos experiencias resultarán, por una parte, la obra personal y, por otra, una nueva manera de analizar la cultura mexicana. De *Caballo y Dios* vienen *El rey viejo*, la primera novela (Fondo de Cultura Económica, 1959, tres ediciones, traducción al polaco), narración de los últimos días de Venustiano Carranza, vivificación de una tragedia con situaciones míticas —el acoso, la traición, el magnicidio—, pero también denuncia de la mentira política, del futuro henchido de cargos militares, del falso heroísmo que alimenta nuestra vida nacional; y *El agua envenenada* (Fondo de Cultura, 1961), la segunda novela, confesionario de un sacerdote de aliento bernanosiano frente a la justicia que no conoce el orden común, testigo de la violencia y del mal en que desarrolla su trabajo de salvador de almas. La retórica de los primeros cuentos va desapareciendo, paulatinamente, en favor de la eficacia y del libre juego de la narración, de las situaciones extremas en que se hallan colocados los personajes. Por otra parte, las preocupaciones de *El Nacional* conducirán a la fundación de *México en la cultura*, el suplemento que Benítez dirigirá, con la fiel colaboración de Gastón García Cantú y Vicente Rojo, durante trece años en *Novedades* y que culminarán con la interrupción dictada por conveniencias de orden jerárquico, por la presión de manos sujetas a intereses, por el refugio en la revista *Siempre*. Desde *La Cultura en México*, Benítez prosigue su labor de periodista, reafirma su actitud moral, pone de relieve los auténticos valores que fundan el presente mexicano, estimula a los jóvenes, favorece un lenguaje crítico en lucha con antiguas, gastadas herramientas.

Cristóbal Colón, desafortunada entrada en la escena mexicana (1951, puesta en el Teatro de Bellas Artes por Enrique Ruelas para celebrar la fundación de la Universidad, editada por el Fondo de

Cultura) es, sin embargo, un ambicioso intento por incorporar el teatro mexicano a un simbolismo anacrónico —“recordar al universo su función de paraíso original”— que Claudel elevó, para bien o para mal, a una grandeza epopéyica. El orgullo dejará su sitio al asombro —*La ruta de Hernán Cortés*, Fondo de Cultura, 1950, dos ediciones, traducción al inglés y al alemán—, deslumbramiento ante la historia, conciencia del mito, derecho a que la utopía se logre de manera más firme. De *Cristóbal Colón* —personaje y obra—, del orgullo y el fracaso del descubrimiento, hay anuncios y rastros en *La ruta de Hernán Cortés*, acaso el mejor libro de Benítez, el más logrado. Del mito arranca la ciudad que es mar, el primer escalón que lleva al gran secreto, a la capital que se hace y se deshace, novedosa y distinta, sobre las arenas movedizas del símbolo.

Más tarde, en *La vida criolla en el siglo XVI* (primera edición El Colegio de México, 1953, segunda, Ediciones Era, 1962), el mito, momentáneamente detenido en la visión terrible de la conquista es vivido en el desarraigo de los primeros dueños de un país en el que, por decreto real, no pueden gobernar, extranjeros en su patria, mexicanos sin México. Contagiado de esa mirada, Benítez nos va revelando el escenario donde se gesta nuestra nacionalidad y, tal vez, sin proponérselo nos coloca, bajo otra perspectiva, en el universo absurdo que es a la vez reino y exilio.

Con *La ruta de la libertad* (Publicaciones Herrerías, 1960) se completa esa visión por medio de una respuesta. El asombro y el mundo absurdo se resuelven en el anhelo solidario, en el reconocimiento, en la aceptación, en la libertad. El camino se recorre ahora más rápidamente, con mayor premura, no hay cabida para las disquisiciones, para las medicinas, las enfermedades, la muerte. Ahora los ojos tratan de abarcar todo el paisaje; la condición —razón, ser, conciencia— se revela directamente; descubrimiento y piedra angular de futuras preocupaciones.

Por caminos distintos —al norte, al sur; con datos estadísticos, encuestas y entrevistas y sin intención literaria, o viviendo en un pueblo inocente, retratando paisajes hostiles y costumbres familiares, más allá del documento antropológico; por la montaña o la planicie, por el domingo o por todos los días de la semana— Benítez emprende la denuncia de un México contemporáneo y desconocido. Al entusiasmo despertado por un viaje a Oriente (*China a la vista*, Cuadernos Americanos, 1953), a la sorpresa de un mundo en construcción visto en un diario de viaje —por más que abunden impresiones de orden personal—, se suceden dos reportajes sobre tierra nuestra. Si *Ki* (Fondo de Cultura Económica, 1956), mostraba la situación de los indios de Yucatán bajo la explotación henequenera, el *Viaje a la Tarahumara* (Ediciones Era, 1960, traducción al francés) nos lleva a situaciones dostoyevskianas, a voces que parecen nacidas del teatro de Brecht, a conversaciones, juicios y oníricas carreras, a un futuro sin remedio que acosa a todo un pueblo, a una fábula real, a la pasión por la justicia. Esa pasión alcanzará, en *La batalla de Cuba* (Ediciones Era, 1960, con un ensayo de Enrique González Pedrero, traducción al polaco), especial significación. Odisea ejemplar, la revolución cubana es narrada por Benítez desdeñando el anecdótico superficial, con honradez y objetividad.

Autor de voz viva, Fernando Benítez sigue recorriendo caminos, preguntándose, tratando de responderse. Para fortuna nuestra, podemos escucharlo en este disco que recoge el siempre renovado asombro de la subida al cielo.

LA RUTA DE HERNÁN CORTÉS

[SELECCIÓN]

CARA I LA ESCALERA DE MÉXICO

El 16 de agosto de 1519, Cortés deja Cempoala en busca de la fabulosa Tenochtitlán. Lo acompañan cuatrocientos soldados, quince caballos, trece mil guerreros totonacos. La artillería está compuesta de siete bombardas. Cuarenta señores —mitad rehenes, mitad guías y consejeros— figuran en el séquito. Al iniciar aquella aventura, el corazón de los españoles rebosa sentimientos caballerescos. Confían en Dios y en la fortaleza de su ánimo. Sin navíos para regresar a España, disgustados con Velázquez, no esperan de Cuba —esto es, del mundo exterior— otra cosa que el envío, más o menos remoto, de enemigos de su misma sangre que se aprovecharán de los trabajos sufridos en México.

Y de la tierra ¿qué saben? ¿Han logrado arrancarle su *secreto*? Los aguardan grandes ciudades hostiles, millares de guerreros belicosos y antropófagos, pero su valor crece a medida que el peligro aumenta. La aventura es para ellos una embriaguez. Hinchidos de fuerza juvenil, llenos de fe y de codicia, en ese momento representan los ideales y las ambiciones de su patria.

Si en nada se parece la conquista de México a los paseos militares mediante los cuales redujeron los conquistadores a los indefensos indios de las Antillas, tampoco guarda relación el paisaje isleño con el de la nueva tierra por la que se internan. Frente a ellos, en las mañanas claras y en los atardeceres, como un faro, la nieve del Pico de Orizaba dominando el muro impenetrable de la cordillera. En las dos primeras jornadas, no lograron trasponer la faja de la *tierra caliente*. Las sabanas ya para entonces cubiertas de verde y jugosa yerba, suceden a los plantíos de tabaco y de cacao. La mayor parte del tiempo caminan entre bosques. La selva mexicana es mucho menos feroz y desmelenada que las selvas africanas o de la India, descubiertas por los portugueses en aquellos años. Abundan ciertamente los mangles y los zapotes colosales, pero no son estos gigantes los que predominan, sino los árboles de maderas preciosas, los arbustos exquisitos del cacao y de la vainilla, las plantas delicadas del tabaco, el algodón y el tomate, las extrañas flores que admirara el botánico Hernández a principios del siglo XVI. Parece que lo

por *Fernando Benítez*

que nuestra selva pierde en truculencia lo gana en calidades, pues no la abrazan lianas y enredaderas, ni se distingue por los excesos de los bosques orientales. Todos los raros especímenes venenosos, los árboles que provocan el sueño, los que con un tajo de la espada se convierten en la fuente milagrosa de Moisés y los que pueden ser ordeñados a semejanza de las vacas, están proscritos de nuestra selva, como están igualmente proscritos elefantes, tigres, boas y, en general, todas las curiosidades que los circos nos muestran.

En cambio, revelan los pájaros de mil colores. Brillan los insectos irisados como gemas y los perfumes de las flores se desvanecen en el aire espeso y caliente del trópico. La contemplación de esa naturaleza, pródiga sin excesos, permite sentir a los españoles el ambiente de las islas en que han vivido tantos años, pero la tercera jornada acusa diferencias. Desaparecen los bosques de cedros rojos y caobos. Los primeros escalones de nuestra casa se insinúan en forma casi imperceptible. La tierra, con suavidad, sin ser apenas sentida, empieza a levantarse. No se altera la respiración del viajero. Las piernas no advierten el escaló, y, a pesar de que la montaña se reviste de apariencias tropicales en muchas leguas, es evidente el hecho de que se va ganando altura. Se borran las últimas plantaciones de cacao y las flores no exhalan ya perfumes enervantes. Los mismos árboles de la costa desmejoran visiblemente, perdiendo lozanía, y una flora hosca y carnosa, erizada de espinas, que a veces toma la forma de candelabros, brota de las rocas. Han hecho su aparición los cactus y los nopales, descarriados retoños de los que florecen en el altiplano. A poco, se descubren encinas, araucarias y pinos. Forman la avanzada de los compactos escuadrones que ven extenderse sobre sus cabezas oscureciendo la montaña. Se presentan con timidez, ya que alternan con gente desconocida y extranjera, de costumbres en todo diferentes a las de estos soberbios señores de las alturas.

¿Qué milagro se opera en el aire? Delgado y salubre, lleva a los españoles la tónica frescura del pino. Ahora todos respiran a grandes bocanadas y, mientras los pulmones se llenan de este aire fino, sienten que recobran, por una causa misteriosa, la agilidad y la

dicha de otros días. Los ojos están cubiertos de lágrimas. Por un momento, sobre ese puñado de locos aventureros sopla un viento familiar, la atmósfera de la montaña natal, el clima espiritual de la aldea donde resplandece la nieve y la figura del pino evoca fiestas íntimas y navidades cargadas de relatos prodigiosos. En medio de la escalera mexicana, España les sale al encuentro. ¿No es otra España? ¿Una nueva España? Antes de que se gane la tierra, México está bautizado. Su nombre le durará tres siglos, pero su vida oscilará siempre entre la Nueva España y México, porque participa de las dos naturalezas en igual medida.

Ya en la región de los pinos, el paisaje se contagia de grandiosa solemnidad. Aquí los horizontes se ensanchan, adquiriendo tonalidades luminosas; los panoramas se multiplican, y la distancia, como un hada, transforma en fantasía los elementos que toca con su varita mágica.

¡La poesía de la altura! Allá muy lejos, en el fondo, la selva de la tierra caliente se disuelve en una vaga transparencia. De igual manera queda a sus pies, convertida en una niebla confusa, la antigua vida de colonos transcurrida en los bosques antillanos.

La áspera y rugosa epidermis de los montes se funde en azules luminosos y hasta las copas triangulares de los pinos se vuelven sombras irreales, manchas de color, matices y tonos en el creciente y poderoso oleaje de granito y de pórfido. Están en plena montaña, en el umbral del clima templado donde los aires del mar y la montaña se mezclan, creando un ambiente de suavidad extrema. Los españoles van de prodigio en prodigio. Dominando el fresco olor del pino, una racha de perfume desconocido como un presentimiento del paraíso, estremece el alma. Han descubierto el árbol del liquidámbar, la resina indígena que había de quemarse, años más tarde, en la basílica de San Pedro, venciendo a los más costosos inciensos importados de Oriente. El liquidámbar es, por sí solo, un incensario. Mucho antes de que los ojos descubran su gigantesca figura, las ondas de su esencia embalsaman al absorto viajero. Se cuenta que los sacerdotes de la expedición, el padre Juan Díaz y fray Bartolomé de Olmedo, se arrodillaron, alabando a Dios por tamaño portento. Cortés, igualmente emocionado, demanda explicaciones. Los indios cortan unas ramas y se las muestran, pronunciando su nombre con reverencia. En lengua indígena, la aromática trementina se llama Xochiocotzoquahuitl, nombre que ciertamente no añade belleza al liquidámbar.

DIVAGACIÓN SOBRE UN PURGANTE

Jalapa es conocida del mundo a través de un purgante. Su nombre se hizo universal por estar registrado con hermosas letras góticas en millares de tarros de porcelana que figuraban de manera invariable en las estanterías de incontables farmacias. En Francia y en Alemania, en Turquía y en Argentina, durante muchos años, la mano del boticario con frecuencia se extendió hacia el pote sobre el que podría leerse un extraño título *Xalapae Convulvis*; pero ni el boticario ni el enfermo asociaron nunca el nombre del purgante al de la maravillosa región de América que lo producía.

Jalapa ocupa en nuestra geografía un lugar de excepción. Es propiamente el rellano de la escalera de nuestra casa. Colocada entre el altiplano y la costa, representa un punto de referencia singu-

lar, donde se equilibran las influencias capitosas y apasionadas del trópico con la severidad y el orden de las mesetas interiores. Cuando se lee la descripción que hace Prescott de esta parte de la cordillera oriental de México, uno se imagina un altísimo valle —el de Puebla— que desciende hacia el mar en un declive montañoso, capaz de ser abarcado totalmente con la vista. En realidad, esta visión no pasa de ser un intento de síntesis geográfica. Jalapa, obligado tránsito del antiguo camino que parte de Veracruz a la ciudad de México, es apenas un punto inadvertido en el oleaje de granito de la gran cordillera. Situada a ciento diez kilómetros del puerto y a mil doscientos metros sobre el nivel del mar, sólo en las mañanas claras es posible advertir, desde la cumbre del Macuiltépetl, como una fina línea de cobalto, la presencia del océano.

Jalapa pertenece por derecho propio a la montaña; es la montaña misma que reúne la orquídea, el naranjo, el café, la araucaria y el pino, el húmedo calor de la costa, la niebla de las alturas, el claro sol y la nieve resplandeciente de los volcanes.

JALAPA, EL ENTRESUELO DE MÉXICO

Llegamos a Jalapa cuando ya era de noche. Es evidente que el viejo ferrocarril había realizado un esfuerzo superior a sus años. Jadeando y arrojando humo y vapor por todos sus enmohecidos flancos, había escalado ásperas laderas, barrancas y montes. Habíamos asistido, desde la plataforma del último carro, a una de las hazañas más impresionantes realizadas por la naturaleza. Ni siquiera en los Andes, a tres mil quinientos metros sobre el nivel del mar, en la soledad de la puna, he sentido el aliento henchido de tanta fuerza de la tierra. En México, como en ninguna parte, la naturaleza sabe potenciar sus motivos.

El paisaje tropical queda abajo, fundido en una mancha violeta. A medida que el tren salva penosamente una eminencia, o libra un recodo, la montaña multiplica sus formas aumentando su poderío. Caminamos sobre las copas de los pinos. Advertimos los bosques de oyameles y araucarias diluyéndose en los flancos de las cordilleras, azules en la distancia, verdes en la cercanía, oscuras sombras en las alturas coronadas en la niebla. Profundos barrancos trae a este paisaje de tierra fría la ardorosa vitalidad de la costa. En el fondo húmedo y caliente, maduran la caña de azúcar y el café. Las orquídeas se prenden al tronco de los caobos, y los cedros, cuyas copas de verdes brillantes alcanzan los finos troncos de los pinos, componen un friso vegetal que reúne en un breve espacio todos los ejemplares de la flora mexicana. Para completar esta síntesis, abajo revuelan los colibríes, mientras a cincuenta metros las águilas trazan círculos majestuosos, acechando su presa.

El tren alcanzó la estación de Jalapa bajo un diluvio torrencial. Hacía tres horas viajábamos en pleno trópico, sufriendo un calor sofocante, deslumbrados por el sol de Veracruz, y ahora soplaban un viento helado que empujaba rachas de lluvia espesa a los pasillos de nuestro carro. De pronto, el cuadro costero que ofrecía el interior del tren quedó sin justificación posible. Los rancheros, vestidos de blanco, temblaban de frío; las mujeres se cubrían con sus rebozos y sus mantos. Reinaba la sensación de que toda aquella gente tan alegre y segura de sí misma hacía pocos instantes, por algún motivo inexplicable debía arrojarse de cabeza a un estanque de agua he-

lada. Entre exclamaciones y denuestos, los viajeros recogieron sus flores, sus naranjas, sus racimos de plátanos, los pescados enormes que hicieron el viaje colgados junto a la ventanilla, sin duda con el piadoso propósito de que no se perdieran el paisaje; las aves, los tamales y los juguetes que habían comprado en las estaciones del tránsito.

Al día siguiente, mi primera idea al abrir los ojos fue correr al balcón. Abrí las persianas, me adelanté deslumbrado hacia el barandal de hierro y, de un golpe, se me ofreció Jalapa circundada de su espléndido paisaje.

La mañana transparente, húmeda y tierna, tenía la suavidad del aliento de un niño dormido. En la falta de las cordilleras, el sol no cae de plano, sino que llega tamizado por los impalpables cendales de la niebla. Los ojos, asombrados, no aciertan a detenerse en ninguno de los sitios que descubren. A mis pies, los tejados de bruñida pizarra contornean calles empinadas, por las que trepan las casas de anchos balcones de madera y ventanas cubiertas de rejas. Pinos y araucarias aumentan la fragancia del aire. Las bugambilias y las manchas de los huertos matizan el caserío. Al poniente, dominando la altísima cordillera, el Pico de Orizaba. La nieve de la cima, flotando milagrosamente en el cielo azul, y a su lado la extraña forma del Cofre de Perote, por cuyas faldas avanza la ruta de Hernán Cortés. Y hasta donde la vista alcanza, las parcelas, las colinas barbechadas, los matices aterciopelados de los montes, las pinceladas claras del sol acusando relieves y barrancos, la distancia mágica que convierte en color las formas inmensas en su ámbito cristalino.

Para nosotros, nacidos en el altiplano, las tejas se asocian de manera estrecha con el trópico. Acostumbrados a la línea recta de la azotea arábica, el tejado es un elemento extraño, una nota pintoresca y bizarra, característica de un modo de vivir diferente del nuestro. Quizá a este sentimiento se deba que el tejado tenga para mí el encanto propio de la tierra caliente. En Jalapa, el tejado —el sobradillo— da a la ciudad un aire familiar, un sentido generoso de la convivencia urbana, desconocido en nuestras adustas ciudades de los altos valles. El techo del hogar se extiende a la calle y protege al transeúnte contra las inclemencias del tiempo. La necesidad de marchar al cobijo del alero obliga a discurrir muy cerca de las grandes ventanas abiertas y de los amplios zaguanes, lo que también es una manera de participar en la vida de las casas. Mientras las nuestras aquí arriba forman un mundo aparte, una entidad celosamente sustraída a las contaminaciones callejeras, en el trópico la habitación no recata en modo alguno su intimidad, sino que la muestra al paseante con cierta despreocupación ajena por completo a nuestras costumbres.

La frescura de los extensos parques, el aroma de los azahares, los árboles frondosos y el fondo de las montañas veladas por la niebla, la suave danza de los colores y la plata de las nubes llameantes que forma sobre las montañas azules otra superpuesta cordillera de sueño, componen los rasgos de este paisaje.

CARA II EL REINADO DE LA FLOR

En el parejo deslumbramiento del trópico, el vegetal es siempre joven y agresivo, mientras en el aire fino de la meseta pierde bríos transformándose en una flora a la que distingue cierta ponderación

y continencia aristocráticas. Entre los dos extremos de nuestra geografía, los deliciosos climas de las cordilleras intermedias condicionan una vegetación profusa y brillante, de plenitud nunca excesiva. La verde clorofila no ha perdido su vigor, pero la altura le ha quitado su veneno, su naturaleza antropofágica, sus plagas y sus vicios originados en las temperaturas cálidas. En una palabra, la altura de México cumple una tarea civilizadora. Lo mismo con el vegetal que con el hombre.

El campo en Jalapa, por ello, resulta una prolongación de sus jardines. Coatepec no es otra cosa que una huerta gigantesca, un desmesurado invernadero al que protege su techo de nieblas. Las redondas copas de los naranjos escalan las colinas o extienden sus hileras simétricas por la hondonada de los valles. Los frutos amarillos relucen como el oro, y el aroma del azahar embriaga los sentidos. Bajo la sombra protectora de su madre —el árbol llamado chalahuite—, maduran las cuentas rojas del cafeto. Una jacaranda baña de luz morada las hojas de los plataneros y la bugambilia hace correr un borbotón de sangre sobre un blanco muro. Cada árbol es aquí una pajarera. En las románticas cañadas, el liquidámbar vierte su incienso cerca del hilo de la cascada.

Y dentro de esta huerta al aire libre, las cercadas huertas donde reina, por derecho propio, la orquídea. A la orquídea, la parasitaria favorita de las mujeres, se la cultiva en jaulas colgadas de los árboles, y resulta, por la forma y el color, tan semejante al pájaro, que el visitante se extraña de que no lo salude con un trino.

Los cronistas de la Conquista y de los primeros años de la Colonia, al referirse a las flores de los jardines indígenas, hablaron siempre de rosas, pero lo cierto es que en el México precortesiano no había rosas, como tampoco existían tigres, perros ni leones. Nuestras flores son mucho más misteriosas y primitivas que las flores europeas. El clavel de España, por ejemplo, es perfecto en su equilibrio. Nuestro zempazúchitl, al que los españoles llamaron en gracia de su parecido, clavel de las Indias, es una flor de pétalos desordenados y violentos. Tiene el color amarillo —el color simbólico de la muerte entre los aztecas— y su acre perfume no guarda relación con la fragancia apasionada del clavel verdadero.

Aquí las flores son también un poco desorbitadas. Sus caprichosos pétalos imitan, como en las orquídeas, la forma de los pájaros y de las mariposas. No distingue a su piel ese matiz de seda transparente propio de las flores europeas, sino una carnosidad voluptuosa manchada de rojo, de violeta y de amarillo. Los estambres y pistilos, lejos de mostrarse recatadamente, se extienden ávidos, cubiertos de polen, ansiosos de fecundar a las flores femeninas. Ciertas especies poseen un aroma tan intenso, que basta un solo ejemplar para perfumar una casa. Otras son gigantes: no hay florero capaz de contenerlas.

En Jalapa se siente vivir a las flores. De noche, paseando por sus callejuelas, de pronto queda uno envuelto en la onda del jazminero. Un perfume que satura los poros del aire, penetrante y embriagador, crea el ambiente de *Las mil y una noches*.

Yo no sería capaz de precisar el género de las relaciones que se establecen en Jalapa con las flores y ni siquiera acertaría a mencionar sus nombres. Me ha complacido la idea de comparar un jardín a una ciudad dotada de un eficiente sistema de señales de tránsito. El color —ese pacto suscrito entre pájaros y mariposas, insectos y

flores— funciona con una perfecta regularidad, ordenando la vida que se agita en los jardines. Un color es la señal roja del peligro. “Alto —le dice la mariposa al pájaro—, si me comes te enveneno.” Otro color es una luz verde que enciende la flor, gritando: “Adelante, por aquí, te doy mi miel a cambio del polen que me fecunde.”

Algo más que todo esto ocurre con las flores en Jalapa, algo mucho más misterioso y complicado que un sistema de colores por medio del cual se cumple una función genésica. Una noche, de tertulia en el corredor de una casa comencé a sentirme inquieto. Era una inquietud la mía semejante a la que se experimenta cuando una persona de atracción poderosa nos mira con insistencia a nuestra espalda, obligándonos a volver la cabeza. Al desviar la vista hacia el barandal, descubrí una de esas magníficas flores del trópico mexicano de abiertas corolas amarillas salpicadas de sangre, meciéndose sobre su tallo. Naturalmente, no di importancia a ese furtivo gesto de seducción floral. ¡Tantos hechos desconocidos excitan a diario nuestro sistema nervioso! Días más tarde, cruzando ya muy noche el mismo corredor, volví a sentirme atraído por aquella misteriosa y desconocida fuerza. ¿Había olvidado alguna cosa? ¿Alguien se ocultaba entre las sombras de las grandes plantas que oscurecían ese tramo del corredor? Me detuve y miré con atención. Una flor de carnosos y afelpados pétalos, manchados de amarillo, se levantaba en su tiesto, solitaria y espléndida.

El indio percibía estos delicados signos de la naturaleza mucho mejor que nosotros, rindiendo un culto a la flor del que conservamos suficientes noticias para imaginar la importancia de que se revestía. Así como en la Europa de aquel tiempo una ley prohibía a los plebeyos el uso de la espada, en Tenochtitlán un código no escrito vedaba a las clases inferiores el llevar algunas flores. Al menos, la magnolia, la orquídea y la flor del cuervo —*Plumeria rubra*— eran flores destinadas a la aristocracia. La figura del *dandy* empezaba a perfilarse en las viejas ciudades. Los altos funcionarios, los nobles y los recaudadores de tributos andaban por las calles y caminos aspirando el perfume de sus flores predilectas.

Los pueblos sujetos a la jurisdicción del Imperio azteca pagaban parte de su tributo en flores, y sabemos que Cuernavaca tenía la obligación de proporcionar diariamente las flores que se empleaban en los palacios del monarca. Moctezuma, además de los jardines que formaban parte de sus residencias urbanas, poseía un jardín tropical en Cuernavaca y un lugar destinado al descanso en el bosque de Chapultepec, donde gustaba refugiarse —como lo haría Maximiliano siglos después— huyendo de los trágicos augurios que amargaron sus últimos años.

El culto a la flor —se cultivaban extensas parcelas con flores rituales, y a las mujeres se las bautizaba de preferencia con nombres de flor— extendiase por las mesetas y los tibios valles de la vecindad llegando a los climas intermedios.

En nuestra época, gracias a los caminos y a los mejores transportes, podemos gozar el privilegio azteca de admirar las flores cortadas la víspera en las costas. Hemos dado carta de ciudadanía a las rosas, claveles y nardos de España, a las gladiolas y a los tulipanes de Holanda, y después de pintar flores durante la Colonia para consolarlos de su ausencia, hemos aceptado las enseñanzas de los jardineros japoneses, sin tener en cuenta a los maestros indígenas, que han hecho una profesión de erigir arcos, tejer alfombras y componer

ramos exquisitos. Sin embargo, el reinado de la flor está ganando adeptos. Mientras las comunidades indígenas del valle de México se han disuelto o han sufrido transformaciones radicales, Xochimilco, apoyándose en el antiguo cultivo de sus flores, está más vivo y fuerte que nunca. La flor ritual, la humilde flor del campo, la mágica flor privilegio del noble azteca, aroma los altares domésticos, cubre las tumbas de los anónimos caminantes, llena de frescas ofrendas los cementerios. La flor es la piedad y la única gala del indio. Con ella bautizaba a sus hijas, con ella perfuma sus sueños y con éste frágil símbolo de belleza precedera continúa defendiendo su esperanza.

EL ÚLTIMO ESCALÓN

Todavía muchos kilómetros adelante de Jalapa, el aire es húmedo y tibio. No hay casa —esas pequeñas casas blancas de tejados pajizos— que no se vea adornada con flores. Los campesinos cabalgan en mulas o en caballos. Abundan las parcelas sembradas de tabaco, papayas, naranjos y azaleas.

En el último escalón de nuestra casa, la altura se hace más sensible. Ordénase el paisaje en grandiosos planos, componiendo la clásica escenografía que ha dado celebridad a Suiza: Caseríos colgados de las aristas de las rocas, blancos villorrios recostados en el fondo de los vallecitos, montañas de suaves tonos y el vislumbre de un oscuro barranco recortado por las copas triangulares de los pinos.

Toda esa risueña y blanda decoración desaparece al acercarnos a la falda del Cofre de Perote. El manto de piedra se riza en puntiaguadas lajas, manchadas de musgo y líquenes. Avanza la carretera entre nieblas y nubes que nos echan a la cara su aliento frío, como una muchedumbre de fantasmas que se deshiciera al escuchar el canto de un gallo invisible.

Sobre el mar de lava y su oleaje petrificado cuelga el pesado cortinaje de la tempestad. La línea del agua pinta un claroscuro de grises desvaídos, y el rayo ilumina de tarde en tarde un paisaje de ruinas apocalípticas.

La entrada al altiplano, traspuesto el Cofre de Perote, es el escenario de una noche de Walpurgis indígena. Tres lagos muertos en sus cuencas de cal resplandecen en el aire cristalino de la meseta. Presenciamos uno de los momentos críticos de la naturaleza, uno de sus grandes desfallecimientos. Ha terminado el ascenso de la cordillera y se inician las mesetas centrales del país, el piso superior de esta caprichosa casa, situado a dos mil doscientos metros sobre el nivel del mar. En este punto la línea volcánica, el eje de fuego que atraviesa el territorio, del este al oeste, del Atlántico al Pacífico, hace el primer alto, rematando su esfuerzo con las figuras colosales del Pico de Orizaba y el Cofre de Perote. También la flora padece una crisis semejante. De los excesos de la costa, del vigor empleado en cubrir de pinos y oyameles cadenas interminables de montañas, debe pasar a la organización aristocrática que priva en la meseta, y en la transición sufre un colapso; sus retoños se desintegran y mueren para transformarse en nuevos ejemplares.

En los calveros de atormentados perfiles, la cal, brillando entre las rocas, finge el ropaje de la nieve. En el llano salitroso y reseco, se esparcen los negruzcos cadáveres de las palmas del desierto. Este

es el "malpaís"; aquí aúlla el coyote en las noches de luna y se pasean las sombras de los nahuales. Los arrieros apresuraban el paso de sus bestias; las diligencias cruzaban el páramo arrancando chispas a las piedras del camino real, y los indios conjuran aún a los espíritus, santiguándose devotamente.

Ahora, el pequeño ejército español, libre de obstáculos, después de cruzar la entrada severa y grandiosa del altiplano, avanza en firme por valles espaciosos. No ha desaparecido del todo la hosquedad del paisaje. La pareja tierra, amarilla y desnuda, recuerda los llanos solitarios de Castilla. No volverán a surgir los tejados. En alguna plaza el ayuntamiento esboza el trazo de la arcada que en las

grandes ciudades tomará las proporciones de los señoriales portales. El campesino cruza la calle ordenada de cactus, arreando sus pollos. Se habla en voz baja. El hombre es grave y ceremonioso. Las mujeres, suaves y graciosas, apenas tocan con sus pies descalzos el suelo. Se diría que no andan, sino vuelan.

Pocos árboles en el campo. De preferencia, fresnos y pirús, brotando en la linde de los maizales. Florecen como estrellas las puntas aceradas de los magueyes. La mancha azul de las montañas cierra el horizonte, y en el cristal del cielo flota la nieve de los volcanes. Un sol claro y picante llena de claridad este novedoso paisaje de América.

Este disco fue editado por acuerdo del Consejo
Consultivo de VOZ VIVA DE MÉXICO, integrado por:

DR. ROBERTO L. MANTILLA MOLINA, Presidente

PROF. MAX AUB, Secretario

PROF. ANTONIO ALATORRE, Vocal

SRA. ROSARIO CASTELLANOS, Vocal

DR. MARIO DE LA CUEVA, Vocal

SR. ALÍ CHUMACERO, Vocal

LIC. JAIME GARCÍA TERRÉS, Vocal

LIC. ANTONIO GÓMEZ ROBLEDO, Vocal

PROF. LUIS VILLORO, Vocal

IMPRESO EN MÉXICO. TALLERES GRÁFICOS DE LIBRERÍA MADERO, S. A.

Diseños de VICENTE ROJO

